





































La entrada no estaba lejos; no obstante, era de pinta mucho más triste y pobre que el resto de las construcciones. Nunca había entrado a un lugar como este, Lola lo advirtió de inmediato, y explicó que el departamento no era tan feo, solo la entrada. Lorena solía vivir por el rumbo de Santa Fe y ni el más recóndito de sus armarios era tan lúgubre como esto. «Estoy bien», quiso disimular.

Una escalera, con moho verdoso en sus peldaños y barandales, conducía a la segunda planta de la vecindad; en un intento por alegrar la vista, por demás fallido, varios macetones coloreaban las entradas a los departamentos; sin embargo, sus plantas estaban tan pálidas y muertas como el resto de la construcción. Dentro había un extraño silencio, el bullicio de la zona centro había quedado afuera. «Vas a estar bien —explicaba Lola—, a Liz, así se llama la dueña del departamento, le gusta adoptarnos, ella pasó por lo mismo, ya sabes, madre soltera desde muy chica, y pues sabe lo que es rifársela sola con la panza cargada y sin hombre que te responda. Si venimos a dar aquí es porque nos corrieron de la casa o preferiste huir, de plano». Lorena no comprendía nada, no obstante, le inspiró mucha ternura el intento de Lola por hacerla sentir mejor.

Adivinando que estaban por llegar, se abrió la ruidosa puerta de la vivienda número dos. En el resquicio, firme y enhiesta, aguardaba una mujer de unos veinticinco años; guapa y sin arreglos; llenita, pero con muchas más formas de mujer que Lola; vestida y peinada a la usanza setentera; bien dotada de pechos y traseros. Tendió la mano derecha: «Liz Márquez Juárez», afirmó seca y corta. Lorena respondió con timidez al saludo, apenas rozando su mano.

—Sin miedo, niña. ¡No muerde! —aulló Lola—. Se las da de carilarga, aunque es buena persona. Comprende que es la más vieja de las tres —culminó con una carcajada. Este oportuno comentario rompió la tensión en el ambiente que ya comenzaba a dificultar la respiración. Liz, incluso, esbozó una acartonada sonrisa, seguida por la aparición de un hoyuelo en cada mejilla. Sin más, entraron: el apartamento era, a diferencia del sombrío exterior, cálido y acoge-

dor; decorado con austeridad forzada, pulcritud y buen gusto. Una constante y nada discreta gotera se hacía notar desde la cocina.

Su elegante esbeltez, su aspecto inocente y modoso eran blanco de una escrupulosa revisión; su figura chocaba con las otras dos historias, bastaba mirar el fino vestido que portaba.

—¿Dónde la encontraste? —preguntó Liz.

Lola se encogió de hombros.

—En redes sociales, vivo en el pinche teléfono, ya sabes.

—¿Cuánto tienes? —ahora dirigiéndose a Lorena y señalando su vientre.

—Creo que unas seis semanas.

—¿No me digas que no has ido al médico? —chilló Liz sorprendida y molesta—. Mañana mismo, Lorena. Mañana mismo.

—Ya, deja de incomodarla. Le voy a enseñar la casa. Tendremos que buscarle ropa y cosas personales. Trae lo puesto —repeló Lola.

El comentario debilitó lo último que le quedaba de fortaleza y rompió en llanto. Ambas amigas se acercaron, Liz la tomó de las manos:

—Desde hoy somos tus hermanas. Aquí vas a estar bien. Aquí nadie juzga, nos queremos y nos ayudamos.

Lola la abrazó y la acompañó en el llanto.

Liz comenzó la búsqueda de enseres personales como toallas, sábanas y algo de ropa suya; desde una habitación contigua preguntó:

—¿Qué talla eres?, ¿cómo un siete, tal vez?... Ni modo que te pongas algo de esta nalgonas...

—¡Cálmate, cabrona! Tu pinche culote no está para Miss México —repeló Lola—. Y con esas tetas que tienes para amamantar borregos, va a parecer que mi amiga se envolvió en una carpa de circo... Estás vieja, veintiséis años ya pesan.

—Quisieras, pendeja. Todavía provocho erecciones.

—A algunos perversos se les para con las ancianas...

—Y a otros con las gordas —Liz se tapó el rostro para ocultar la risa—. Voy a la imprenta por dinero para ir de compras, nos faltan muchas cosas. Te encargo a Ana, nalgonas.

—Sí, tetona.

Lorena las observaba divertida; una imagen enternecedora, pues lloraba y sonreía al mismo tiempo. Enjugaba las lágrimas con la mano embarrándose el maquillaje.

—¿Quién es Ana?

—Su hija de seis años —aclaró Lola pensativa—. Esa chamaquita me da miedo.

No acababa de decirlo cuando la susodicha apareció sigilosa por el pasillo, una menor sin nada de particular: de tez blanca y cabellera medio rubia como su madre, vestida y arreglada a la usanza sin ningún rasgo que recalcar. O tal vez, lo sobresaliente era la ausencia de particularidad, las paredes eran más expresivas que ella. Ignorándolas, la niña se dirigió al balcón y ahí se mantuvo mirando la construcción de enfrente sin pronunciar palabra.

—Es extraña, me pongo chinita cuando la veo hacer esas cosas. Por horas mira hacia allá, ese edificio me da miedo —señaló cruzando la calle—. Dicen que ahí estaba la Inquisición, que quemaban y torturaban a la gente...

Lorena, con ternura, pasó la mano sobre el hombro de la pequeña.

—¿Qué te gusta de esa casa?, es vieja y fea.

—Con tu hijo vamos a ser seis, a ella le gustan las familias grandes —respondió Ana sin apartar la vista del susodicho palacio—. Está muy enojada porque no le gusta estar muerta —dijo la niña, sin más, dio media vuelta y las dejó solas en la ventana.

—¡Ves, te digo! ¡Esta chamaquita me da pavor! —Lola se frotó los antebrazos como si con ello pudiera sacudirse el miedo, sus vellos seguían erectos y asustados. El silencio desapareció con la intempestiva llegada de Liz, quien balbuceaba una lista de objetos de higiene personal que acababa de comprar para la nueva inquilina.

Anticipando a que fueran echadas por *la jefa* con vistas a prepararlo todo, dejaron el apartamento, en la planta baja se encontraba un conocido restaurante y ahí desayunaron. Lola invitó, aunque tuvieron que pedir solo uno y compartirlo.

—¿Qué te pareció la jefa?

—¿Por qué le dices así? —Lorena, sin perder el estilo, se le notaba que ingería los alimentos con mucha hambre y que en muchas horas no había probado bocado.

—Es la que manda... Pinche abuela es de buena ley, a mí me sacó de la calle. Es una abuela de veintiséis años. Se porta como una madre para nosotras —un mar de lágrimas se contuvo en sus ojos y permaneció pensativa. Después continuó platicando a detalle la triste historia de Liz—. Vino a estudiar a México y quedó embarazada de un vago de la preparatoria a los diecinueve años que, por si fuera poco, le pegaba unas madrizas de época. Cuando su familia en San Luis Potosí se enteró, también se la madrearon y la echaron de casa. Aquí anduvo batallando sola para poder dar a luz y luego mantener a la niña. Desde entonces se dedica a adoptarnos, no quiere que pasemos por lo mismo que ella.

—¿También estás embarazada? —cuestionó Lorena.

—No. Lo estuve hace dos años... Vimos que, lo mejor... —su alma y su voz se hicieron quebradizas—, lo mejor fue darlo en adopción a una buena familia. Liz me ayudó a hacerlo, dice que está muy bien, al cuidado de buenas personas... —hasta ahí llegó su fortaleza y lloró—. Y ¿tú?

—Bebí demasiado en una fiesta y mi novio y yo... —se sonrojó, tuvo que cerrar los ojos para no morir de vergüenza—. En su casa no lo dejaron que se casara conmigo; su familia y la mía no me bajaban de zorra: querían que abortara. ¡Eso jamás! —y también se deshizo en lágrimas.

Lola tomó la iniciativa y se fundieron en un tierno abrazo.

—Ay, amiga, por no saber con quién andar de putas.

Los comensales de las mesas cercanas no entendieron si sollozaban o reían. Lorena —por primera vez en semanas— se sintió comprendida y amada y se ciñó con más fuerza a su nueva compañera. Desde aquí podía mirar el famoso palacio de la Inquisición, incluso en uno de sus costados había un gran cartel que anunciaba una exposición de instrumentos de tortura. En la azotea —recargada en una de las pequeñas columnas que remataban la barda—, se hallaba una niña y hubiera jurado que, aun estando tan lejos, la miraba fijamente.

Ixtapaluca  
Camino de las Ventas  
Siete leguas al oriente de México  
Marzo de 1737, atardece

Nadie fue a recibirlo a San Juan de Ulúa, cosa más que impropia para un funcionario de su envergadura. El mismo Santo Oficio en Sevilla le asignó el cargo de comisario asesor en derecho y otras ciencias para las Nuevas Indias. Se trataba de una esquivéz, una majadería sin precedentes; el mismo inquisidor general en persona debería haberse presentado en Veracruz a darle la bienvenida.

No era correcto permitirle viajar solo, cuantimás que se trataba de una travesía difícil para un peninsular. Desde el puerto tomaba más de veinte días de recorrido y se trataba de una empresa difícil: la Cuenca de México está arropada por una agreste cadena montañosa, insólitos volcanes y fríos bosques que exigían de vigorosa resistencia para poderlos cruzar. Además, estos senderos eran muy inseguros y llenos de perversos salteadores dispuestos a todo.

En Puebla de los Ángeles —tres días atrás—, pudo descansar y recibió un trato digno y ceremonioso, fueron las únicas atenciones que tuvo de estas tierras. De ahí en adelante, las cosas empeoraron: penurias, retrasos, un clima caprichoso e impredecible, nada comparado a las comodidades y modernidad de su natal puerto de Cádiz. A su arribo al hostel en la población de Río Frío ya

le aguardaba el bachiller Carlos Villegas, un funcionario con bajo rango en la Inquisición. Este oficial —último comisario en jerarquía adscrito a la audiencia de México— era de malas maneras y peor aspecto: tenía la figura de un cuervo corcovado, enfundado en ropajes negros y frotándose continuamente las manos como si tramara algo malévolos; nunca mira ni camina de frente, era obtuso hasta en sus intenciones:

—¿Excmo. Gregorio Casas de Mendoza? —preguntó este último en un tono artificioso y falso—. Es un placer recibirlo, señor.

Gregorio, en cambio, y a pesar de su pronta y prometedor carrera en el clero, irradiaba juventud e inocencia; con apenas veintinueve años ya era reconocido y esperado por el mismo arzobispo Vizarrón —en funciones de virrey—. La misma Santa Audiencia en Madrid había dado el visto bueno para que acudiera a México a resolver este caso. Era de aspecto atractivo, no con ese blanco lechoso de la insulsa piel europea, sino rubio dorado con piel bronceada. Alto, espigado, de rostro firme con nariz ganchuda y ojos vivaces aceitunados. El bien y el mal, lo blanco y lo negro, lo ominoso y lo esperanzador, así se sentía al verlos juntos. El bachiller le informó que solo faltaban unos tres días de camino para llegar a México, que partirían al alba, y que él mismo le acompañaría el resto del trayecto. De este lado del mundo, para sorpresa suya, los amaneceres eran diáfanos, escandalosamente brillantes y estridentes como solo las tierras salvajes saben hacerlo. En cuanto el contorno naranja pintó la base del horizonte, partieron.

Al tercer día de viaje, probablemente un par de horas después del mediodía, ambos rompieron silencio y entraron en materia:

—¿Por qué solicitaron la intervención de Madrid en este caso? —preguntó Gregorio.

—Es difícil, ¿sabe usted? —el bachiller respondió con la boca escondida entre sus manos huesudas. Entornó los ojos para seguir hablando—. Necesitábamos de alguien con sus conocimientos —acotó con falsa adulación—. Es difícil tomar una decisión como esa...

—¿Tienen pruebas suficientes para condenar a la niña?

—Sí, su excelentísimo. No cabe menor duda de su culpabilidad, ella misma lo ha confesado.

—Es difícil creer que semejantes atrocidades hayan sido cometidas por una pequeña de nueve años —Gregorio miraba pensativo la densa arboleda en el exterior—. ¿Tantos homicidios?

—Una por una se ha jactado de todas las muertes —anunció con recelo—. ¡Ella misma se ha pronunciado como descendiente del... mall, su excelencia —y se santiguó.

—¿Y por qué no se le ha castigado?, por menos que eso se han llevado a tortura y hoguera a más de uno —cuestionó Gregorio con cierta maña y doble intención, pues era bien sabido que para las autoridades eclesiásticas los menores de veinticinco años no eran considerados como pecadores culpables, ni siquiera como testigos confiables en los juicios del Santo Oficio.

A pesar de su candidez y de su naturaleza para confiar en la gente, el joven sacerdote comprendió que la Santa Audiencia de México pretendía delegar la responsabilidad del terrible castigo a una instancia superior; de otra manera, las autoridades locales quedarían como crueles y políticamente no muy bien paradas. Y por Dios que sería terrible ver culminar un auto de fe con una menor de edad consumiéndose en la hoguera.

—A oídos de don Pedro Navarro, inquisidor general de México, llegaron noticias de vuestras teorías de la locura, y si es posible declararla demente, tal vez..., bueno... —esta perorata sonaba tan falsa como un patacón de dos centavos—. Usted..., con sus conocimientos, podría llevarla a España y curarla de tan terrible mal.

Un atronador relámpago interrumpió la conversación; los cristales y la diligencia misma se cimbraron hasta el último remache. En un segundo, el coche ya estaba envuelto por un pertinaz y violento aguacero, se bamboleaba vacilante a capricho de furiosas rachas de viento. Apenas se rebasaba el mediodía y todo se oscureció casi a punto de noche; bancos de nubes aterradoramente informes se apoderaron del cielo en un parpadeo. El bachiller notó su rostro descompuesto e intentó tranquilizarlo.

—No tema su excelencia, en estas tierras el clima es veleidoso e inesperado —luchando contra la fuerza de la ventisca, abrió parcialmente la portezuela y a gritos le preguntó al cochero cuánto tiempo faltaba para arribar a México, el cochero respondió que estaban por llegar al poblado de Ixtapaluca a unas siete leguas de la ciudad.

—Tal vez ha faltado caridad y benevolencia por parte de vuestros jueces y fiscales —pronunció Gregorio—, la pequeña podría enviarse a custodia de hermanas en algún convento, o ponerla en manos de una buena y honorable familia.

—¡Oh, mi señor! Eso sería terrible, por lo que veo no le han hecho llegar toda la información del caso.

El carruaje, saltando entre atascos, avanzaba con un trastabille muy peligroso, derrapando hacia un lado y otro del camino. Ya no había brecha, sino un amasijo de lodo que intentaba devorar a cada paso las enjutas ruedas.

—Ha sido menester, dada su peligrosidad, encerrarle en el patio de prisiones de la Perpetua, su excelencia —continuó Villegas la conversación.

—¡Por San Nicolás, que estás hablando de la cárcel de Santo Domingo!... Tortura y hierro sin piedad.

—Y aun así, déjeme decirle que los mismos carceleros y verdugos le temen —observó el bachiller en tono sombrío—. Nadie de los *familiares*, así llamamos a los funcionarios espías, quiere vigilarla en su celda: cuentan historias de aterradores rituales durante la noche —su cara angulosa se iba descomponiendo conforme daba explicaciones al sacerdote.

Afuera, la tempestad arrancaba ramas de árboles, tiraba piedras por las laderas y desgajaba las montañas como si estuvieran hechas de pan. Los dos pasajeros apenas podían escucharse ante el escándalo de la naturaleza. Por unos momentos, permanecieron en silencio; Gregorio miraba preocupado por la ventana y Villegas lo miraba a él, lo hacía con un odio y envidia descomunales; no solo era agraciado y apuesto, era diez años menor y con un gran



porvenir en la carrera clerical. El mismo virrey don Juan Antonio de Vizarrón apadrinaba su trayectoria en la Santa Inquisición, a ese ritmo y carisma, en unos cinco años sería obispo y en cinco más inquisidor general, ya era doctor en derecho... Pero alguna flaqueza habría de tener y él se la encontraría.

Un destello azulado se coló al interior del vehículo iluminándolo plenamente y, en segundos, un ensordecedor relámpago crispó los nervios de todos a bordo. Las cabalgaduras lo resintieron más y, en medio de sobrecogedores relinchos, intentaban romper los arneses. En el exterior, el cochero, a gritos y fuetazos, pretendía tranquilizar a las bestias, más aterradas que los humanos hubieran preferido desbarrancarse que seguir atadas a la muerte. Asustadas, halaban el coche en carrera desbocada por un camino desgajado y peligroso. La viscosidad del lodazal sujetaba las ruedas oponiéndose al avance: los tiros se rompieron dejando libre el carruaje, este se detuvo en forma brusca y los pasajeros fueron lanzados de sus asientos.

—¿Qué pasa? —chilló el bachiller con enojo.

El cochero asomó por la ventana y gritó:

—¡Se han soltado los animales!... Voy a amarrarlos.

El rostro de Gregorio estaba pálido y desdibujado; su túnica alba fue alcanzada por el agua y el lodo.

—Por Santa Bárbara que nunca he visto temporal como este... Parece salido de la nada...

Violentos golpes amenazaron con romper los cristales y penetrar el techo del carruaje, Gregorio hubo de echarse atrás, pues pensó que le saltarían a la cara en añicos. Afuera, los caballos saltaban en reparos continuos, se negaban a dejarse sujetar; la fuerte pedrea les hacía daño.

—¡Santo Dios!, se trata de granizo.

—Granizo del tamaño de piedras —completó el bachiller, tan asustado como él.

En un santiamén, el bosque desapareció bajo una helada capa blanca, el camino se esfumó y el carruaje quedó aprisionado en un atasco mucho más sólido y difícil de vencer; las bestias seguían re-

parando y relinchando aterradas; el cochero, desde el frente, tiraba de las bridas halándolas. A fuerza de violentos y repetidos tirones, las ruedas ganaron terreno sobre el hielo firme. La marcha reinició lenta y vacilante, el vehículo se iba patinando hacia los lados; si bien la granizada fue amainando hasta desaparecer, el terreno permanecía húmedo y resbaladizo. En el interior, ambos pasajeros iban sujetos con firmeza, incluso sosteniéndose uno al otro: la sensación de desbarrancarse por una de las laderas era casi palpable.

—Juraría, sin caer en blasfemia, que alguien se opone a mi llegada a México.

—No diga eso, su señoría, es una bendición que lo hayan enviado a estas tierras —dichas palabras llevaban implícita tal doblez que se percibiría a más de diez varas de distancia—. En cuanto usted entrevistó a la niña, verá que no hemos escatimado en precauciones. El fiscal Bedoya ha integrado la investigación en *indicios de vehementí*, máxima sospecha de herejía sin lugar a duda, mi señor —respondió frotándose ambas manos frente a su rostro huesudo y siniestro—. La menor fue puesta en custodia de una buena familia, recomendada por el mismo virrey, y ahí cometió atrocidades indecibles; posteriormente se dejó a cargo de las enfermeras del hospital para mujeres dementes del Divino Salvador y, ¡ay, mi señor!...

—¿Más asesinatos? —anticipó Gregorio. Un asiento de cabeza fue la respuesta.

El vendaval dio paso a una llovizna fina y pertinaz, no por ello menos intensa. Las rachas rugían y azotaban la cortina de agua contra las ventanas.

—¿Cómo se llama la pequeña? —cuestionó nuevamente.

—Aurora, su excelencia... Aurora sin apellidos.

Inesperadamente, se escucharon tres intensos golpes procedentes del techo; se asustaron.

—¿Qué pasa, cochero? —gritó el bachiller, pensando que alguna rama hubiera caído sobre ellos, mas nadie respondió y siguieron la marcha.

—¿Cómo que sin apellidos?

—Bueno, verá... la información es contradictoria; sin embargo, parece ser hija natural de un acaudalado comerciante de ilustre apellido y de una dama criolla de mala calaña dedicada a la mancebía y al robo. Desde luego, la menor nunca fue reconocida por el padre.

—Una chica de nueve años ya está en edad de proporcionar sus generales, ¿no lo cree?

—Verá..., ¿cómo le explico? Ella asegura ser hija del mismo Satanás.

Una nueva tanda de tres golpes provenientes de un costado les hizo sobresaltarse, mucho más intensos que los anteriores y, podría jurarse, que eran producto de manotazos. Ambos escrutaron a través de los ventanales: no parecía haber nadie afuera, solo la aterradora vista de los relámpagos que implacables se dibujaban en el cielo como las garras huesudas de algún monstruo en el cielo.

—¡Eh, cochero!... ¿Qué pasa allá afuera? Seguid conduciendo así y te vas a arrepentir —no hubo respuesta y siguieron la marcha.

El aire arreciaba de oriente a occidente haciendo inclinar el vehículo. A pesar de los esfuerzos de los caballos, avanzaban en diagonal y derrapando hacia el fondo de la ladera.

—¡Eh, cochero! —en esta ocasión gritó Gregorio, entretanto, hacia esfuerzos para asomarse al exterior por la puerta parcialmente abierta; miró por unos instantes y, aterrado, se arrellanó en su lugar. No podía hablar, tartamudeaba, nada coherente salía de sus labios.

El bachiller percibió claramente la cara de pánico de su acompañante y su involuntaria mudez, por lo que optó por asomarse personalmente: ¡no había nadie!, iban a la deriva sin conductor. «Se habrá caído», pensó.

—No se preocupe: las bestias se detendrán por sí solas ante la falta de guía —dijo, intentando tranquilizarse a sí mismo.

Inexplicablemente, la diligencia fue disminuyendo la velocidad y asentando el andar; con suavidad, giraron a la derecha y continuaron cuesta abajo, ni un barco mar en calma hubiera sido conducido con tal estabilidad. Algo de luz comenzó a filtrarse por el carruaje, el banco de nubes en el cielo era de un grisáceo más

benevolente que el de la tormenta y dejaba filtrar algunos rayos del sol. De la lluvia solo quedó un débil chispeo y una sensación de miedo que se manifestaba como frío intenso... Sin más, el vehículo se detuvo. Curiosos, se asomaron por las ventanillas; la vista exterior no tranquilizaba: se encontraban dentro de un recinto dudosamente delimitado por una barda maltrecha y con más huecos que la dentadura podrida de una anciana; el sitio estaba repleto de tumbas viejas, descuidadas y no frecuentadas en años; algunos árboles igual de desgastados y corcovados ocupaban lugar entre ellas. Aunque la lluvia se transformó en una suave llovizna, el azote de los relámpagos estaba empeinado en rasgar el cielo hasta sus uniones con la tierra. Ambos se miraban el uno al otro y, sin decirlo, se dijeron: «Habrà que bajar». Gregorio tomó la iniciativa y apenas había puesto mano en la cerradura, la puerta se abrió en forma violenta desde afuera.

—¿Se encuentran bien, padres? —el cochero, envuelto en un gabán negro, les observaba, a su entender ambos eran sacerdotes.

—Qué susto nos has dado, hijo —chilló Gregorio—. ¿Dónde estabas?

La pregunta extrañó al cochero, evidentemente, nunca se había movido de su sitio al mando del vehículo.

—La misma Audiencia sabrá de su temeridad y de las incomodidades que nos ha causado, ¡mira que abandonarnos a media tormenta! —el bachiller Villegas graznó con rabia, eso de poner mala cara se le daba con facilidad. El pobre trabajador no hizo intento por defenderse, todo el mundo sabe lo que es un enfrentamiento con la Inquisición. Se concretó a explicarles que tardaría unos minutos en apretar y ajustar los fuelles para reanudar la marcha con seguridad.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó Gregorio.

—En el camposanto de Ixtapaluca, a unas siete de leguas de México, padre.

—Date prisa, hijo; no quiero que nos llegue el toque de ánimas en un cementerio.

—No padre, a las ocho de la noche ya habremos pasado el lago de Chalco y estaremos en la ciudad —dijo y se perdió entre el vaho de los caballos.

Ambos funcionarios se apearon del vehículo, la intemperie los recibió con una bofetada helada. Gregorio se frotaba las manos como si con ello se fuera a sacudir la malsana sensación de frío. Villegas lo observaba burlón, «Manos delicadas, no durará mucho en estas tierras», tramó para sus adentros.

—Hay mucho temor entre súbditos y naturales, su excelencia; el asunto de la niña ha caldeado los ánimos, ya de por sí exaltados. El año pasado hemos padecido varias calamidades naturales: un eclipse de luna; dos terremotos en septiembre; un clima veleidoso y traicionero que dejó inundaciones mortales y, desde hace unas semanas, se habla de la aparición de Matlazáhuatl, una mortífera peste de los indios —su rostro alargado y más feo que de costumbre denotaba preocupación—. La población los ha tomado por malos presagios, pues les ha dado por creer que anunciaban la llegada del vástago del Diablo.

—Y la aparición de la niña se los ha confirmado —imprecó Gregorio.

Fueron interrumpidos por aullidos; aullidos de perros que primero se escuchaban lejanos y aislados, luego fueron propagándose hasta parecer que eran emitidos por cientos de animales, invisibles, pero que cada vez se hallaban más cerca; aguzando el oído, podía escuchárseles gruñir... Miraban hacia un lado y otro sin hallar rastro de las fieras.

Temerario, Gregorio avanzó hasta adentrarse en el cementerio, los ruidos cesaron. El crujido de la maleza bajo los pies le iba marcando el rumbo; el paisaje era triste: allí estaban las tumbas mermaidas por el tiempo y el abandono, con lápidas cuyos nombres y fechas había borrado el tiempo, la maleza irrespetuosa trataba de desaparecerlas por completo. Una sensación de soledad se fue elevando por todo su ser hasta derramársele por los ojos, nunca se había sentido tan desdichado; tuvo la triste sensación que alguien

le necesitaba y estaba sufriendo mucho, tanto... que a él le oprimía el alma; cuando uno está tan lejos de casa, lo primero sería pensar que alguna congoja aquejaba a los propios; sin embargo, el motivo de su pesar se encontraba aquí, muy cerca suyo... Así lo sintió.

—Eh, su excelencia —le gritaba el cochero—, ya estamos para partir. El cobarde de Villegas ya se encontraba desde buen tiempo abordo y a buen resguardo.

El chasquido de un látigo y dejaban el cementerio. Gregorio, aún triste, lloraba contra la ventanilla y le dio la impresión... «¿Qué hace ahí esa niña sola?».